

Desenmascarar el Racismo

Título: Leer y pensar el racismo.

Autor: Mónica Inés Cejas (coord.).

Edición: Universidad de Guadalajara, colección: Comunicación y diversidad cultural.

Número de páginas: 207.

Año: 2004.

El libro *Leer y pensar el racismo* es uno de los cuatro volúmenes de la colección Comunicación y diversidad cultural, coordinado por Sarah Corona Berkin y Carmen de la Pesa Casares. La coordinadora de este tomo incluye ocho colaboraciones para abordar con densidad y dinamismo el complejo problema del racismo. Los capítulos incluidos en el libro logran armar un calidoscopio a través del cual se pueden leer desde distintos ángulos las múltiples concreciones geográficas, sociales e históricas que van configurando la dinámica del racismo.

El racismo es un tema muy vigente, porque lamentablemente no es un problema del pasado que haya podido ser superado con la modernidad; más bien es una realidad muy actual que se teje desde las condiciones históricas y se proyecta en nuestra contemporaneidad.

En el capítulo introductorio: “Del Otro, los Otros y algunas Otriedades”, María Inés García Canal nos ubica en uno de los laberintos donde se produce, legitima y actualiza el racismo: la visión *negativa de la alteridad*. El lugar y el proceso a partir del cual se construye a alguien en ese otro externo, que por el simple hecho de ser percibido como diferente (aun cuando puede ser muy semejante), es sujeto del rechazo, de la explotación, de la exclusión, de la discriminación, de la segregación y hasta de la condena de muerte. El racismo fija superioridades e inferioridades con base en la creencia históricamente construida, y fácticamente instrumentada, de que el color de la piel, los rasgos de las facciones, el tipo del cabello o las marcas culturales

demarcan distinciones, a partir de las cuales un clan o grupo (que se autopercebe como “normal”) define cómo deben vivir, a qué distancia, bajo qué dominios y limitaciones deberán vivir aquellos que no son ellos. Lo más grave de esta percepción es que “los autonormales” se apropian del poder divino de la selección natural para decidir qué especie deberá vivir y cuál deberá extinguirse (para que no se oiga tan duro, cómo deberá morir), y a ello lo denominan naturalización racial. Y aunque definido así el racismo puede sonar hasta exagerado, los casos incluidos en el libro nos muestran la diversidad de maneras en que se manifiesta el racismo así como su dinamismo, sea por enmascaramiento o por ficcionalización.

Margarita Zires reconstruye el proceso de la hagiografía estética del nuevo santo indígena Juan Diego, que para llegar a los altares tuvo que pasar antes por los estilistas del Vaticano, quienes inspirados en la *old fashion* hispánica colonial lo retocaron para blanquearlo e injertarle barbas sobre su rostro lampiño. Proceso inverso había vivido la virgen de Guadalupe, a quien con los siglos le fueron oscureciendo la piel y empequeñeciendo las manos, para que adquiriera el *look* indígena. En resumen, para la Iglesia, al igual que la visión vasconcelista de la raza cósmica, para dignificar al indio hay que mestizarlo.

Mediante un interesante análisis de la prensa contemporánea, Francisco Pineda nos demuestra cómo la población rarámuri es víctima del exterminio pesticida, gracias a que reiteradamente la prensa los ha asociado con las actividades del narcotráfico. En este caso se muestra que la combinación de la naturalización de su inferioridad étnica (pobres, ignorantes, ingenuos) los vincula como presa fácil del narcotráfico, y a la vez construye la naturalización de su peligrosidad, que como bumerang regresa para justificar la desnutrición, las enfermedades y la muerte de los indígenas.

Gerardo Gutiérrez Cham hace una lectura foucaultiana para analizar la manera en que durante el siglo XIX la prensa tapatía fue un dispositivo textual del biopoder racista, donde aunque no se habla explícitamente de la inferioridad de los indígenas se fijó su clasificación racial legitimada en el discurso científico biológico. El mejor ejemplo es la difusión de la creencia antes considerada como conocimiento científico de que las razas superiores debían tener cerebros más grandes y pesados que las razas inferiores; de ahí que como los cráneos indígenas eran más pequeños y deformados, se

inferían deficiencias intelectuales y de orden moral en ellos. Esta es una muestra de la ficción-ciencia con que el racismo fue imaginado.

Sobre el rostro xenofóbico del racismo nos habla Alicia Castellanos, quien nos lleva de la mano por los pasillos históricos de la casa de los espejos para invertir las otredades internas y externas. Los mesoamericanos fueron una población *racionalizada* por los “otros externos” (los españoles), primero tras ser reducidos a la condición de indios (el otro interno), posteriormente al ser despojados de su hábitat urbano. A lo largo de la historia, al “otro interno”, se le transformó en “el otro externo” de la modernidad y del progreso. El argumento se apoya con casos en donde a la población indígena mexicana se le ha venido excluyendo de las ciudades, bajo el mecanismo de “exteriorización”.

María Dolores Paris Pombo nos muestra que la discriminación racial también se logra con el mecanismo de juego de espejos inverso: interiorizando lo exterior. Su argumento se basa en presentar la manera en que el trabajo agrícola del Valle de Salinas ha sufrido un proceso de “etnización”, gracias al cual los empresarios estadounidenses contratan mano de obra indígena (mixtecos, zapotecos, triquis y purépechas) con el fin de justificar su explotación laboral, otorgándoles los peores salarios y confinándolos a condiciones de vida infrahumanas.

Para muchos el *apartheid* en Sudáfrica fue el fin de un horrible episodio de la historia reciente del racismo, pero Mónica Inés Ceja, en un extraordinario ensayo, nos abre los ojos advirtiendo que “donde el autoritarismo segregacionista fue reemplazado por igualdad, unidad y democracia como ejes del discurso político social, se filtra una forma de racismo definida ambiguamente como ‘xenofobia’”. De un racismo cínico se pasó a una nueva manera de discriminación y exclusión al extranjerizar a las poblaciones africanas y al implementar una nueva ley segregacionista para el control de extranjeros, que desde el año 2002 ha favorecido a la xenofobia y, con ello, a una nueva representación del racismo, que lo enmascara de un nuevo otro: el inmigrante.

En un libro sobre racismo no podía faltar un capítulo dedicado al genocidio en Rwanda. De él se hace cargo Hilda Varela Barraza. Como argumenta la autora, el genocidio es la expresión más violenta y radicalizada del racismo; por lo mismo sus causas son de larga

duración y de conflictos muy profundos. Este trabajo desmitifica la versión de que este trágico suceso (entre abril y julio de 1994 fueron asesinadas un millón de personas) fue producto de comportamientos “primitivos” que llevaron al enfrentamiento a dos grupos étnicos: los tutsis y los hutus, ya que estas explicaciones basadas en prejuicios étnicos buscan encubrir la existencia de altos niveles de desigualdad, de injusticia y de opresión.

El último capítulo del libro le corresponde a Sigeki Takeo, quien nos enseña que de maneras más sutiles los pobladores de Okinawa, Japón, han sufrido prejuicios y discriminación durante largo tiempo; no obstante que el gobierno japonés impulsó inicialmente políticas de asimilación y posteriormente de unificación.

Después de Leer no nos queda más que Pensar seriamente en el Racismo. Un tema cuya realidad muchas veces negamos, pero que está presente en distintos lugares y bajo los distintos rostros con que se construye la otredad negativa. El racismo se fija en un juego de máscaras, tras las cuales se ocultan problemas mayores que el solo hecho de la distinción del color de piel, pero también se despliega con los efectos del juego de espejos, con el que la mayoría de las veces encubren y legitiman la voluntad de privilegiar la vida de unos seres que se diferencian de otros por su color de la piel, de ojos o de cabello; o por sus maneras de hablar, de cantar, bailar, comer o vestir; o en xenofobia al verlos como extranjeros, aun cuando fueran los nativos originales. Sin embargo, privilegiar la vida de unos puede ser determinar la muerte de los otros.

Leer este libro es una invitación a pensar el racismo, no para ratificarlo, sino para imaginar nuevas tramas de identificación que nos permitan liberarnos de las máscaras que esencializan las categorías del otro, y escapar de los laberintos contruidos por las casas de espejos, cuyos efectos de ficcionalización no posibilitan restablecer los universos de reconocimiento necesarios para tejer la trama real de la alteridad positiva.

renee@ciasasoccidente.edu.mx

Renée de la Torre. Profesora-investigadora CIESAS Occidente.